

El legendario río perenne

LOS ESTRECHOS DEL RÍO EBRÓN

TEXTO David Saz y Diego Mallén



Dos pueblos de la baja sierra de Albarracín, Tormón y El Cuervo, a los que recientemente se les ha sumado un tercero, Alobras, son un ejemplo vivo de la dura situación que atraviesa el medio rural en Aragón. A éstos se suma un río, el Ebrón; uno de esos cursos como el Tajo, el Mijares o el Turia que, por la complicidad del destino y de la azarosa geografía turolense, hemos visto partir jóvenes para fecundar tierras lejanas. En conjunto, protagonizan este proyecto turístico, sustentado en el senderismo y la naturaleza, que es la Ruta de los Estrechos del Ebrón.

ARRIBA Estrecho del río Ebrón desde el mirador de la Fonseca
SEVERINO PALLARUELO



Hoz del Cañamar,
con pasarelas aéreas
para recorrerla
FOTO CARLOS ARBEX



Pocos confiaban, al principio, en el éxito que pudiera tener esta apuesta innovadora en materia de turismo. Hoy, sin embargo, casi ninguno duda de la repercusión que está teniendo para su pueblo. Sin contar por el momento con más medios publicitarios que el popular boca a boca y alguna breve reseña periodística, la afluencia de visitantes se está dejando notar cada fin de semana o puente festivo. Esto lo sabe muy bien Angelita, una bizarra y sexagenaria leonesa, curtida en mil batallas hosteleras y amiga de la cocina casera de pan mojar, que ve cómo despierta día a día su pequeño hotel rural de El Cuervo. Pero, no es éste el único caso. Hay más proyectos surgidos al amparo de esta iniciativa senderista, nuevas viviendas de turismo rural, albergues, etc. Y es que, aunque de forma incipiente, el efecto arrastre ha empezado ya a funcionar.

IZQUIERDA Puente natural de la Fonseca
FOTO JUAN CARLOS GORDILLO

ABAJO Vista de Tormón
FOTO JAVIER ROMEO



Ruta | Un viaje aguas arriba por el Ebrón



FOTO CARLOS ARBEX

Calzadas bien las botas, nos aproximamos hasta el cartel informativo del merendero de la fuente de El Cuervo para interesarnos por los pormenores de la ruta que vamos a emprender. Otras posibilidades excursionistas se nos ofertan desde este punto: un sendero botánico, un cerro con cruz y una cueva con Virgen; interesantes sugerencias que dejamos para otro día.

Los primeros pasos son rápidos y firmes por una excelente pista que remonta la feraz vega, fragmentada en antiguo parcelario. Tiempos atrás, en estas huertas la manzana era el producto estrella; se la llevaban por toneladas a Valencia. Hoy, pocas son las fincas que se dedican en exclusiva a su comercialización; y es que el sector también ha entrado en crisis. En contrapartida, el testigo lo ha tomado la piscifactoría del Ebrón, que abastece de excelentes truchas a las lonjas y mercados de las ciudades cercanas.

Al cabo de la pista es el final de casi todo: del horizonte humanizado, de huertas faenadas, de campos abonados... y también para los que viajan en vehículo hasta la antesala de la garganta. Un área recreativa reconquistada al río nos da la bienvenida y nos abre dos puertas a las intimidades recónditas e intrincadas de la sierra: al mirador de los Estrechos, por un sendero que se encarama a lo alto de los despeñaderos donde secuencias verticales y arriesgadas se encadenan unas tras otras; y a Tormón y Alobras, por las despejadas orillas de un desfiladero almagrero.

A partir de aquí y casi hasta Tormón, un cañón fluvio-cárstico se estira entre los páramos e interfluvios calcáreos que se derraman hacia el sur desde los Montes

Universales. En su seno, la vegetación es rala y el escaso arbolado que crece –pino negral, sabina albar...– es más propio de las cimas elevadas que nos rodean que de ecosistemas de ribera. El caudal que transporta es limpio y constante a lo largo del año y el estiaje en verano, mínimo; cuando en otros afluentes de la zona es terrible. No en vano, gustan de contar los lugareños al viajero recién llegado al lugar la leyenda que rodea al nombre de este río: «... aconteció una vez, que una extrema sequía asoló la tierra. Fue tal la penuria sufrida que el Ebro llegó a secarse, cosa que no llegó a suceder, en cambio, con el Ebrón».



FICHA TÉCNICA

DISTANCIA APROXIMADA: 7 kilómetros.
TIEMPO APROX.: (El Cuervo-Tormón): 3 horas.
ALTITUD: El Cuervo: 904 m; Alobras: 1.112 m; Tormón: 1.059 m

La lámina de agua desciende serena, custodiada por altos cantiles. Unas veces truncada por las gradas que se han ido formando con las deposiciones carbonatadas que han dado lugar a la toba travertínica. En otras, asfixiada por las paredes, que se angostan tanto, que llegan a constreñirla hasta el extremo de tener que construirse unos puentes colgantes para superar la hoz del Cañamar. Resulta difícil de imaginar, después de observar la dificultad de estos pasos, cómo, hasta no hace mucho, el correo se desplazaba de una localidad a otra a lomos de macho por este lugar.

A la altura de una solitaria acerollera, los tres pueblos se funden en un solo mojón; quizás un símbolo de esta reciente comunión de esfuerzos. La incorporación de Alobras al proyecto turístico ha permitido la inauguración de un nuevo destino en la ruta. Aunque todavía en proyecto, se ha iniciado ya el futuro camino de conexión del Ebrón con esta población; un tramo de sendero rampante que asciende hasta el deambulatorio rocoso, desde el que se descubre la desembocadura escarpada de la rambla de Alobras.

Hoz del Cañamar
FOTO JUAN CARLOS GORDILLO

Más allá de la hoz del Cañamar, el sendero gana altura abandonando la fresca compañía de las aguas trucheras. El bosque, cada vez más presente en nuestro camino, aprovecha ahora la mayor profundidad de suelos para medrar por vaguadas y laderas. Simultáneamente, el campo visual se amplía y la curiosidad planea por encima del valle desde el mirador acondicionado de los puentes y las hoces de la Fonseca. Hasta allí un sendero destrepa para visitar una de esas curiosidades que la geología nos suele brindar de vez en cuando: los puentes naturales. Se trata de varios cordones travertínicos que unen ambas orillas, bajo los que el Ebrón sigue, sosegado, su curso. Destaca especialmente uno, el mayor y más vertiginoso, al que nuestros pasos nos abocan para cruzar por él hasta el otro lado. Estamos llegando ya a las postrimerías del camino y muy poco trecho nos resta por cubrir. Como al inicio, un tramo de nueva pista nos devuelve al principio de algo. En este caso a un punto carretero entre las poblaciones de Alobras y Tormón, muy cerca de este último y también del Calicanto, un recoleto rincón junto a un viejo molino harinero en el que su vieja azud de piedra se imagina salto natural.



AL FINAL DEL CAMINO

Si todavía nos quedan fuerzas después de la excursión y unos días de descanso, Tormón nos tiene reservadas algunas sorpresas más de gran interés natural y cultural: el Parque Cultural de Albarracín y el Paisaje Protegido de los Pinares del Rodeno. A muy pocos kilómetros de la abigarrada población, se localizan en el Prado de Tormón un grupo de abrigos rocosos con pinturas prehistóricas que, junto con las de Bezas y Albarracín, protagonizan el Parque Cultural y constituyen uno de los conjuntos de arte rupestre levantino más importantes de España, declarado Patrimonio de la Humanidad. El lienzo pétreo donde estas representaciones pictóricas se han plasmado es un tipo de roca arenisca de tonalidad rojiza llamada rodeno, que presenta unos modelados y relieves sumamente caprichosos. Imbuidos por este espíritu conservacionista y fruto de la comunión entre la roca rodena y el pino resinero que la cubre, se creó en 1995 el Paisaje Protegido de los Pinares del Rodeno, en el que Tormón no se vio afectado por su ámbito normativo, aunque comparte las mismas características formales y paisajísticas.

IZQUIERDA Estrechos del río Ebrón FOTO JUAN CARLOS GORDILLO
ABAJO Rodeno de Tormón FOTO JAVIER ROMEO

